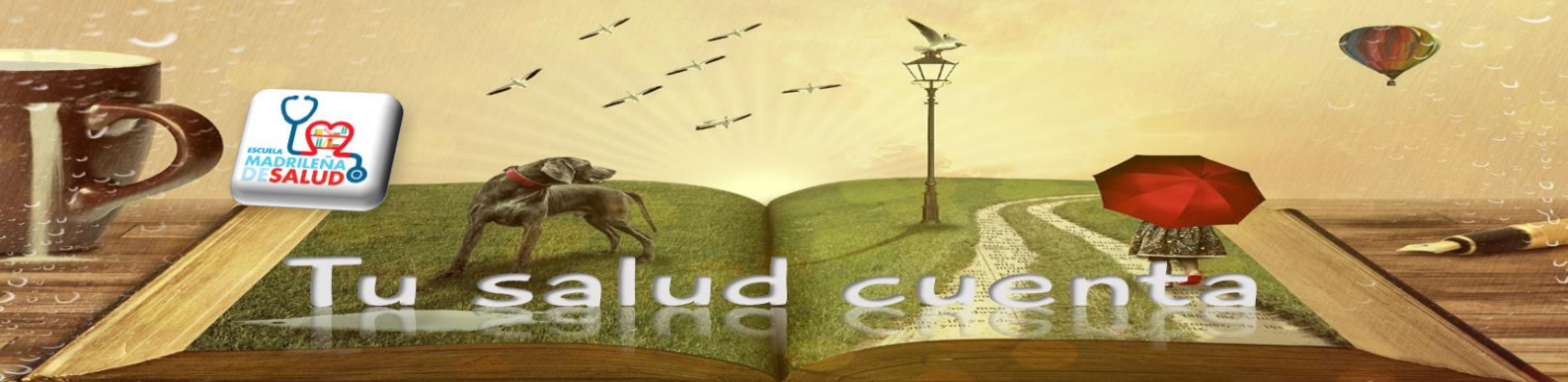


EL NIÑO Y EL PERRO





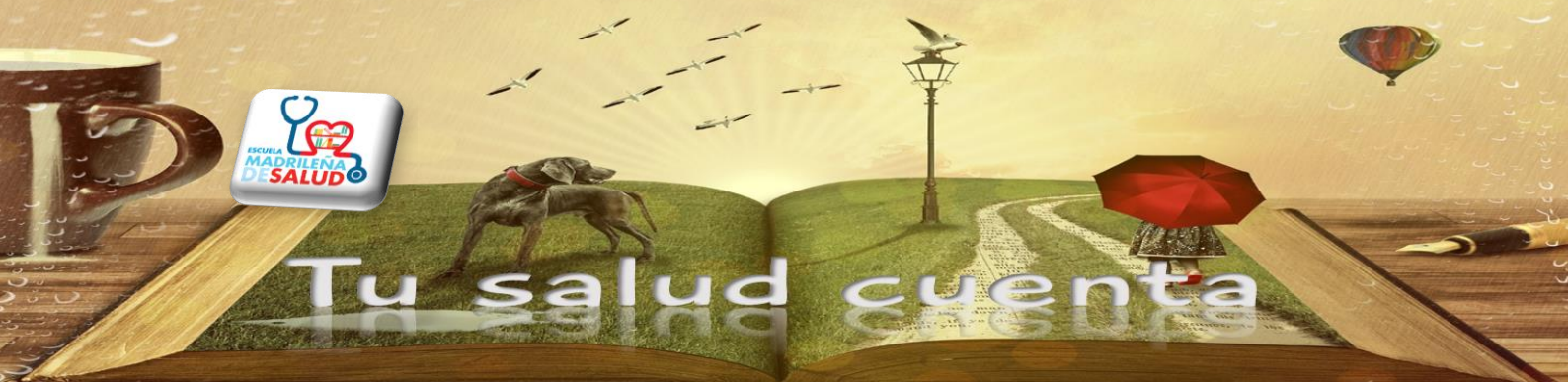
A través de la ventana de la habitación del hospital en el que llevaba mucho tiempo ingresada, Carmen veía a menudo pasar un niño con su perro. Recordaba entonces su propia niñez cuando, a orillas de la playa, muchas veces jugaba y corría con su perro, fiel compañero en tantas aventuras.

Aquel niño parecía contento, pero sus ojitos tenían una triste mirada. Corría un trecho, se paraba, acariciaba al perrito y seguían los dos andando.

Cierto día, al verlos, Carmen se acercó a la ventana y los llamó. Tanto el niño como su mascota, se quedaron mirando intentando comprender a qué se debía aquella llamada. Entonces, Carmen volvió a hacerles señas para que se acercaran. Ellos, poco a poco, se fueron animando a acercarse. Sabían que ése era un hospital y que, según le había contado su madre, había allí gente enferma, además, siempre le recomen-daba que no hablara con extraños, así que dudaba qué hacer.

Carmen intuía todo lo que el niño estaba pensando, así que, decididamente, sacó una galleta para el perro, que no dudó en acercarse y comerla sin reparos. Al ver que su mascota se acercaba y le hacía fiestas confiadamente, él también se decidió a hablarle.

- Hola, pequeño- le dijo Carmen-, no nos conocemos, pero yo os veo a los dos todos los días cuando paseáis por aquí y hace mucho tiempo que tenía ganas de saludaros, no te asustes. Mi nombre es Carmen, ¿cómo es tu nombre?
- Juan y no, señora, no tengo miedo, además, Cani me defiende, yo siempre salgo con él- le contestó Juan amablemente, no queriendo reconocer por nada del mundo el miedo que tenía.
- ¡Ah! Sí, ya veo- contestó Carmen-. Cani te quiere mucho, pero ¿tú has visto alguna vez a una señora en silla de ruedas?



Juan dijo que no moviendo la cabeza. A esas alturas, Cani se había recostado y miraba a uno y a otro, como intentando comprender la conversación. Juan no pudo más con su curiosidad y preguntó:

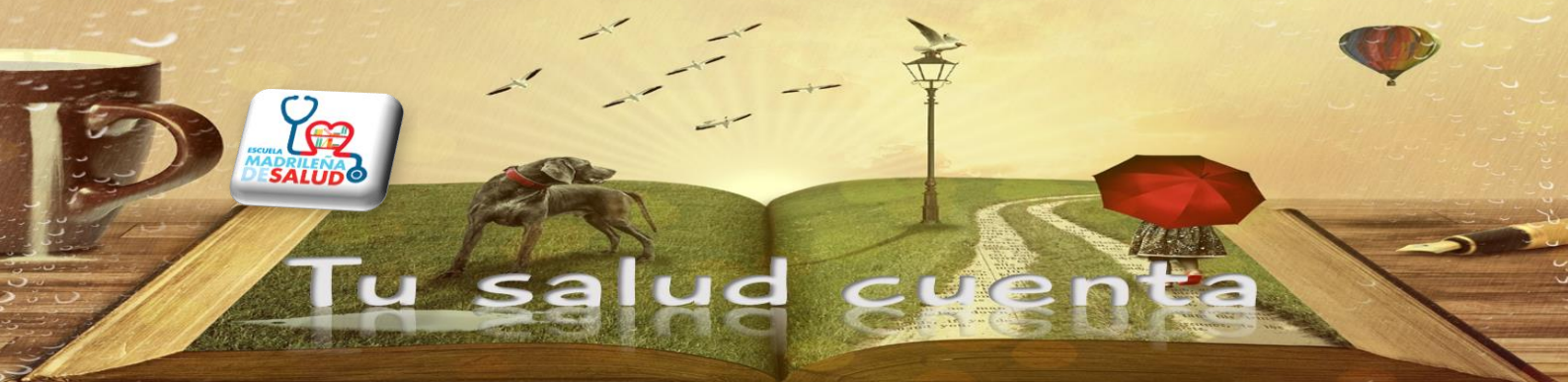
- Pero, ¿por qué vas así? ¿No te gusta caminar?
- ¡Sí, claro que me gusta caminar!- le respondió Carmen sonriendo-. Pero desde que tuve el accidente, mis piernas ya no me sostienen y necesito una silla para poder moverme.
- ¿Y es aburrido andar con la silla?- preguntó Juan.
- A veces, sí, otras, no. Mira Juan, si quieres, un día te llevo en la silla, ¿te gustaría? Mejor le pides permiso a tu mamá y hasta podéis venir los dos a visitarme. ¿Qué te parece?

Juan, sonriendo, le contestó que sí y le hizo una señal a Cani, que se levantó moviendo la cola y los dos se alejaron.

A Carmen, aquel encuentro le traía muchos recuerdos. Recuerdos de momentos alegres y otros que la ponían melancólica y algo triste, pero estaba decidida a no deprimirse, por lo cual siguió pensando en lo graciosos que eran Juan y Cani.

Al día siguiente, Carmen estuvo atenta a la ventana y, a la hora acostumbrada, aparecieron Juan y Cani. Esta vez Carmen les indicó cómo llegar a la puerta principal del hospital para poder saludarlos y darles un abrazo. Y así lo hicieron, a Carmen se le llenaron los ojos de lágrimas, pero lo disimuló. Los tres fueron hacia un pequeño parque que había al costado del hospital y Juan, muy atento a las maniobras de Carmen con la silla, colaboraba para que no le costara tanto esfuerzo manejarla mientras Cani correteaba alrededor de los dos intentando jugar.

- ¿Te pesa mucho mover la silla?- le preguntó Juan.



- Cuando el terreno es tan irregular, me cuesta algo más, pero como hace tanto tiempo que sólo me muevo por dentro del hospital, me había olvidado de estas dificultades- le contestó Carmen.
- Mira, yo sé volar- dijo Juan estirando los brazos y batiéndolos como alas- ¿Dónde quieres que te lleve?

Carmen comenzó a jugar con él y lo imitaba dando vueltas sobre sí misma con la silla de ruedas.

- ¡Mira, si yo también estoy volando! ¿Quieres sentarte conmigo en la silla?

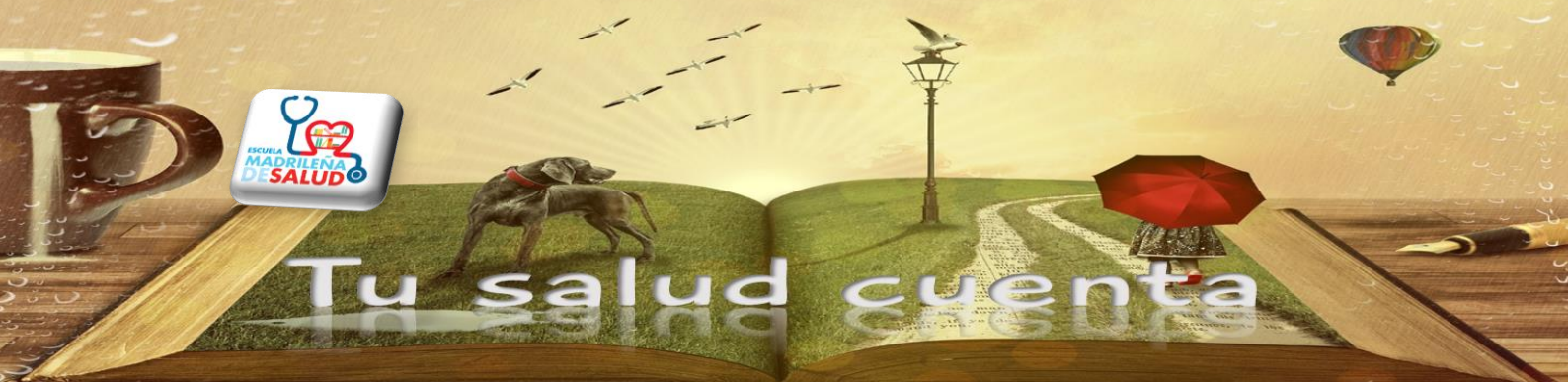
Juan lo estaba deseando, quería ver qué se sentía al pasear sentado, así que, de un salto, se subió en su falda.

- ¡Hala...!- exclamó- ¡¡Qué alto estoy!!- y sacaba pecho.

Carmen anduvo un trecho con él y los dos reían y se abrazaban de contentos. De repente, Juan dio otro salto y comenzó a correr diciendo nuevamente:

- ¡¡¡Vuelvo a volar!!! - y continuó dando tantas vueltas que, de repente, dijo
- ¡Ay! Me estoy mareando... ¡No me siento muy bien!
- No te preocupes, mamá- escuchó Carmen a lo lejos . Te colocó bien la almohada, a ver así...-entonces Carmen abrió los ojos y volvió a la realidad
- ¡Ay, hijo, estaba soñando! dijo-. Soñaba con... Juan, ¡¡cuánto has crecido!!

Su hijo se llamaba Juan y siempre le habían gustado los perros. Carmen recordaba el sueño y lo bien que lo estaba pasando, y cómo Juan y Cani se estaban divirtiendo con ella. ¿Cuántos momentos como aquél se habría perdido en su vida? ¿En cuántas ocasiones hubiera podido reír con sus hijos o sus nietos si hubiera estado con ellos? Apenas había aceptado alguna vez ir a visitarlos. Siempre volvía a su habitación con sus recuerdos y sus miedos, a la seguridad que le daban esas paredes, testigos inertes del paso de su vida.



- Mamá, ¿estás mejor? Estabas profundamente dormida y no te quise despertar.
- ¡Cuántos sacrificios para venir hasta aquí!
- Mamá, ya te dije que para mí no es sacrificio, que vengo porque quiero estar contigo, ya que tú nunca quisiste salir de aquí. Siempre te dije que no había problema en que vinieras a casa, pero tú nunca aceptaste.

Juan tenía los recursos y el cariño suficientes como para recibir a Carmen en su casa, pero ella llevaba ocho años en aquel hospital sin aceptar la propuesta de su hijo. Y así pasaron muchos más...

No somos conscientes de hasta dónde llegan a aceptarnos los demás. Nuestras inseguridades y temores son los que nos cortan el camino hacia el encuentro con los otros y la plenitud de nuestra vida. Muchos de los obstáculos los agrandamos nosotros mismos pensando, de antemano, que seremos incapaces de superarlos.

Autora: Maricruz Martínez Loreda, enfermera

Cuidando vidas: experiencias y reflexiones de enfermería

Ilustraciones: Ana Espíndola, enfermera